

pa, es la época mas importante en la historia del entendimiento humano, y se debe principalmente al inmortal Descartes, restaurador de la verdadera filosofía, y de todos los conocimientos que dependen de ella. Él trabajó toda su vida en desengañar á los hombres de sus antiguos errores, en abrirles el camino que conduce á la verdad, aun en los géneros mas distantes de lo que fué el principal objeto de sus meditaciones, y en libertar la razon de las trabas que el imperio de la opinion y de la costumbre le habian puesto. Él inventó el arte del raciocinio para los modernos, como Sócrates lo habia hecho para los antiguos. Por la fuerza de su talento se elevó sobre todas las preocupaciones, que solo merecian respeto por su antigüedad, y trastornó de un golpe el edificio de tantos siglos, cuyos muros la multitud de sábios engañados habia fortificado de tal manera, que se creían invencibles; y estableció sobre sus ruinas un edificio enteramente nuevo, que despues de él no ha hecho mas que extenderse y hermostearse: su modo de filosofar llegó á ser el de todos los buenos ingenios, y su método el único que puede guiar seguramente á los verdaderos filósofos en busca de la verdad, y se aplicó alternativamente con igual felicidad á todos los objetos de los conocimientos humanos. Con él se han hecho mas progresos en ménos de cincuenta años en las artes y en las ciencias, que los que se habian hecho ántes de él en el espacio de muchos centenares (a).

Despues de él fué quando se trazó el plan de las obras con órden y claridad, quando se sabe descender y subir por una misma cadena de los principios á las consecuencias, y de las consecuencias á los principios, quando se piensa con arreglo, quando se escribe con exactitud, y quando en teología, en la moral, en jurisprudencia, en historia, en literatura igualmente que en filosofía, no se dice sino lo que es menester, y como es necesario. Este grande hombre nació en la Haya, pe-

(a) Ya tenemos dicho en el siglo anterior que esto y mucho mas se debió ántes de Descartes al incomparable español Luis Vives, como se puede ver en sus obras, y especialmente en la de *Corruptis Disciplinis*.

queña ciudad de la Turena, en 1596, y murió en Estokolmo en 1650, de edad de cincuenta y quatro años (a). XVII.

ARTÍCULO XIV.

Escritores eclesiásticos.

De lo que hemos dicho en el artículo precedente se infiere, que el número de autores eclesiásticos que han ilustrado este siglo es casi inmenso, pues no hay materia relativa á la religion que no se haya tratado de nuevo desde el renacimiento de las letras con principios mas claros y mas fundamentales; y así el proponernos dar á conocer todos los que escribieron en los diferentes ramos para bien de la Iglesia, sea por las circunstancias mas notables de su vida, sea por la analisis de las obras que nos han dexado, sería emprender una obra nueva, ó sería mas bien necesario dar á este artículo la forma de una nomenclatura seca y molesta, que no comprehenderia sino nombres y fechas. Entre estos dos inconven-

(a) En este artículo, en que trata Ducreux del estado de las letras, seríamos ingratos á nuestra patria si no hiciésemos memoria de algunos insignes españoles que dieron honor al siglo XVII, así por su piedad, como por su grande ingenio y amena literatura en todo genero de letras; como un D. Diego de Saavedra y Faxardo, cuyas célebres é ingeniosas obras son muy estimadas, y por su estilo noble, enérgico y conciso dan mucho lustre á la lengua castellana: un Lope de Vega, llamado el poeta por antonomasia, hombre insigne, y de una fecundidad tan portentosa, que admiró á la Europa con sus innumerables escritos, y acaso no tuvo igual en las demas naciones. Un Cervantes, escritor, sabio y juicioso, y á cuya preciosa pluma debe la nación la reforma de tantos abusos, y el idioma los mayores adelantamientos. Un D. Nicolas Antonio, autor de la célebre biblioteca española, que dió tanto lustre á los literatos españoles, y adquirió tanta estimacion y aplauso entre los sabios extrangeros, y del famoso tratado de *Exilio*. Un D. Antonio de Solís, no solo célebre historiador y poeta, sino que por su energía, naturalidad y hermostura del estilo debe pasar por un modelo de la eloqüencia, y por el Demóstenes de la lengua castellana. Un Luperéio, y Bartholomé de Argensola: un Alonso de Tineo, un Quededo, un Calderon, Pellicer y otros, que omitimos por no exceder del método que tenemos propuesto.

nientes tomáremos, como ya lo hemos hecho, el medio propuesto en el plan de nuestra obra: y será el de elegir entre los sábios de este siglo que han consagrado su talento á la gloria de la religion, aquellos que se han distinguido mas por su mérito eminente y trabajos mas útiles; y aunque hasta el fin del siglo XVII. no correspondiese esto, nos anticiparemos, y entraremos algo en el XVIII., porque murieron en los primeros años de él muchos escritores ilustres que vivieron en el otro.

Entre los teólogos célebres que florecieron al principio de este siglo XVII. hallamos de los primeros á Guillelmo Estio, que nació en Gorcum, ciudad de la Holanda meridional, en 1541, de una familia noble y antigua, é hizo sus primeros estudios en Utrek, y estudió despues filosofía y teología en Lovaina; en donde tomó el verdadero gusto de la historia eclesiástica, y se imbuyó de los buenos principios á que estuvo siempre adherido inviolablemente, y explicó con la mayor claridad en sus obras. Despues que se graduó de doctor, le llamaron por su mérito á Duay, en donde fué profesor de teología, y director del seminario, y en estos dos empleos se portó con tanta prudencia como capacidad. Obtuvo la dignidad de preboste de la iglesia de san Pedro, á que se agregó la de caxiller de la universidad, y á su cuidado solo exemplo se debe el haber llegado esta escuela á ser muy floreciente por la emulacion, amor al trabajo, y la estimacion de los conocimientos sólidos que excitó en ella. Tenia una vida retirada y laboriosa, que ha producido las obras que nos quedaron de él: tres particularmente fueron justamente estimadas luego que se publicaron; y son la primera un comentario excelente de las epístolas de san Pablo; y de la mayor parte de las Católicas; la segunda una coleccion de observaciones y notas sábias sobre los lugares mas difíciles de Escritura santa; y la tercera un largo comentario sobre los quatro libros del Maestro de las Sentencias, el qual abraza toda la teología. En cada una de estas tres obras perfectas en su género se nota un talento universalmente sabio, consiguiente, y amigo de la verdad, que ha penetrado el asunto, y se ha hecho dueño de él. Solamente con estos libros, sin otros de las mismas materias, se puede pasar qualquiera, y aun se puede decir sin pec-

juicio de los demas sábios de este siglo, que Estio es el comentador mas juicioso, y el teólogo mas exacto. Murió en Duay por el mes de septiembre en 1613, de edad de setenta y dos años.

La familia de Jacobo Davy de Perron era de Normandía, y una de las mas distinguidas de esta provincia, de la qual habiéndose retirado al Canton de Berna en la Suiza, por causa de la religion, nació Jacobo Davy en noviembre de 1536, y fué educado en el calvinismo. Su padre, que era sabio, le dirigió en sus primeros estudios, y en poco tiempo Perron, que tenia mucha disposicion y viveza para las ciencias, se puso en estado de continuar por sí mismo y sin director por el camino en que habia entrado. Aprendió sin maestro el griego y el hebreo, y estudió los antiguos, particularmente los poetas, á quien tenia muchísima inclinacion, pero solo fué pasajera, y la dexó para aplicarse á objetos mas serios. Pasó á Francia estando adherido todavia á los errores de Calvino; y Felipe Desportes, á quien se dió á conocer, le presentó á Enrique III., que mostró la mucha estimacion que se merecia por la bondad de su índole, de su talento, y por la extension de sus conocimientos. Sin duda fueron las demostraciones de bondad que le hizo este príncipe, la causa de que pensase en entrar en el gremio de la Iglesia, teniendo que su religion sirviese de obstáculo á su fortuna. Y por tanto se asegura, que habiéndose entregado á la lectura de los santos padres, particularmente á la de san Agustin, y hallado en ellos la refutacion de la doctrina que habia mamado con la leche, se determinó por su propio convencimiento á dexar el error, que abjuró, y abrazó el estado eclesiástico. En el qual se consagró principalmente á la instruccion y conversion de los calvinistas á la unidad católica, á la qual reduxo un crecido número con la fuerza de sus discursos, y destreza en saber aprovecharse de las pruebas que sacaba de los testigos de la tradicion. Una de sus conversiones fué la del sabio Enrique Espondano, obispo de Pamiers, y autor de un compendio muy bueno de los anales de Baronia. Era por naturaleza eloquente, y con la viveza de su imaginacion daba á todo lo que decia un ayre magestuoso, un vigor y una dignidad, cuya impresion se comunicaba fácil-

mente, y rendia las almas. Enrique IV. le honró con su estimacion, y le debió en gran parte la reconciliacion con la santa sede, porque no tenía ménos talento para la negociacion que para la controversia, de lo qual dió pruebas en el manejo de muchos negocios importantes y delicados que se le encargaron, especialmente en Roma. Clemente VIII. le dió el capelo en el año de 1604 quando era obispo de Breux, de donde fué trasladado al arzobispado de Sens. Asistió á las famosas congregaciones de Auxiliis en tiempo de Paulo V., cerca del qual habia sido enviado para tratar con el cardenal de Joyeuse de un ajuste entre el papa y la república de Venecia: se dice, que con este motivo aconsejó al papa que no decidiese las cuestiones difíciles que se habian agitado allí por una sentencia, cuyas consecuencias temia que llegasen á ser tan contrarias á la quietud de la Iglesia, como la misma contestacion con que estaban divididos los ánimos.

Se le ha reprochado al cardenal de Perron el haber sido muy adicto á las opiniones que se habian acreditado durante la liga, el haber tratado como problemáticas las máximas que la Iglesia de Francia miró siempre como los verdaderos fundamentos de su derecho público y de su libertad; y de haber olvidado despues de la muerte de Enrique IV. lo que debia á la memoria de este príncipe grande, que le habia colmado de beneficios. Murió en París en 1618, habiendo tenido parte en todos los negocios importantes de su tiempo, y hecho un grande papel, tanto en el estado como en la Iglesia, por su mérito y opinion. Sus obras se recogieron en tres volúmenes en folio, de las quales dos son las de mayor consideracion; primera, un tratado de la Eucaristia contra el libro de Duplessis-Mornai, y es la obra mas sabia y mas completa que se habia escrito hasta entónces; la segunda, es una refutacion del rey de Inglaterra Jacobo I. que abandonaba las obligaciones de su reynado para medirse con los teólogos; en la qual demuestra el sábio cardenal que no puede darse el título de rey católico á un príncipe, que rompió los lazos de la unidad, aun quando hubiera respetado la integridad del dogma: que la Iglesia fué siempre una sociedad visible, única y eminente por su fe, su luz, su gerarquía, y separada de to-

das las sectas que alteraron las tradiciones apostólicas: y que para estar en el camino de la salvacion es menester vivir en su gremio, porque es el origen de la vida, y la depositaria de las verdades reveladas. Hablarémos de la conducta que el cardenal de Perron tuvo respecto de Edmondo Richero en la noticia que daremos luego de este último.

La congregacion del oratorio de san Felipe de Neri acababa de establecerse en Roma quando César Baronio, que nació en 1538, ciudad de la campaña de Nápoles, se puso baxo la conducta del santo fundador: su padre, de un nacimiento distinguido, puso mucho cuidado en su educacion, y el hijo correspondió con sus prendas naturales y una grande aplicacion al estudio: entró en la congregacion del oratorio, y fué uno de los principales ornamentos de ella, aun mas por su eminente piedad, que por su vasta erudicion. Llegó á ser general de esta compañía naciente por dimision voluntaria de san Felipe de Neri, y confesor del papa Clemente VIII., quien le creó cardenal en 1596, y despues le hizo bibliotecario del Vaticano: empleo conveniente á su gusto y á sus ocupaciones. En el cónclave donde fué electo Leon XI. para suceder á Clemente VIII., tuvo Baronio mas de treinta votos, y no se puede dudar que hubiera sido elevado á la silla pontificia, si la corte de España no le hubiera dado la exclusiva por su tratado sobre la monarquía de Sicilia. Consagró toda su vida entera á los trabajos literarios, sin ambicion y sin entrometimiento en los negocios de la política, y murió en 1607, de edad de sesenta y nueve años, estimado de todos los sábios, y de todos los hombres de bien. Desde la edad de treinta se puso á escribir los anales eclesiásticos, y trabajó en ellos sin interrupcion hasta el fin de sus días: esta es una obra inmensa, y por solo su proyecto capaz de dar reputacion de sabiduría, pues abraza en su execucion todas las épocas, todos los monumentos históricos y religiosos, todos los hechos generales y pastorales, todos los negocios de la religion, todas las revoluciones importantes; en una palabra, toda la masa y todas las circunstancias de los sucesos desde el principio de la Iglesia hasta el tiempo en que el autor escribia: solo Baronio en el curso de una vida, que no se ha prolongado mas allá del término ordinario, cum-

plió con esta tarea de una extension tan asombrosa; que hubiera ocupado la vida de muchos hombres laboriosos (a). Empieza con el christianismo en su nacimiento; y sigue con sus progresos de edad en edad, con sus destinos prosperos, ó de ménos lucimiento hasta los años últimos del siglo XII. Sin duda cometió muchas faltas, que eran inevitables en una carrera tan larga y en una variedad tan grande de objetos; pero si alguna cosa puede causar admiracion es de que no haya cometido mas, y porque fué el primero que abrió y rompió el camino viviendo en un tiempo en que comenzaba á nacer la crítica; y así sería contra justicia y contra la razon el censurarle hoy despues de los descubrimientos y de las luces con que nos han enriquecido casi dos siglos hace una multitud de sábios. Los anales de Baronio se compendiaron, criticaron, reformaron y continuaron por diferentes plumas: el compendio de Enrique Espandano, la continuacion de Oderico Raynaldo; las correcciones del padre Pagi y del cardenal Noris son los mejores escritos á que dieron motivo los anales: parece que en vez de reimprimir esta grande obra del modo que ha salido de las manos de su autor, esto es, con todas sus imperfecciones y equivocaciones, como se ha hecho muchas veces; se haria mayor beneficio á la religion y á las letras, refiriéndola desde el principio al fin, siguiendo las observaciones de los que han notado las faltas. Este trabajo sería difícil, y acarrearía gastos considerables; pero de él resultaría el mayor cuerpo de la historia eclesiástica, y el mas completo de quantos se han publicado hasta ahora. Causa admiracion que en tanto número de pontífices ilustres que ocuparon la silla apostólica en el último siglo y en éste, ninguno haya formado el plan, y favorecido la execucion de esta grande em-

(a) El P. Fr. Tomas Maluenda, Dominicano, natural de Xativa, y célebre teólogo, pasando á Italia á instancias de este cardenal, le ayudó en la obra de sus anales. Tuvo mucha parte en la correccion del Misal y Breviario romano, y en la de la Biblioteca de los SS. PP., de Mangano de la Vigne, por encargo de la sagrada Congregacion del Índice, y escribió muchas obras que merecieron grande aceptación. *Ensayo apologético de la literat. esp. traduc. por Doña Josefina Amar, tom. 4.º* pág. 30.

presá; puede ser que esté reservada para el que actualmente retrata á vista del universo todas las eminentes XVII. qualidades, y todas las virtudes de sus antecesores.

La controversia, ramo de teología, que viene á ser una especie de medio entre la positiva y la escolástica, fué necesaria para la defensa de la Iglesia, quando los protestantes la combatieron en sus dogmas principales, en su gerarquía y en su culto. Entre los escritores que se distinguieron en los siglos XVI. y XVII. por este género, hubo pocos que hayan llegado en la reputacion al cardenal Belarmino. Nació en Montepulciano, ciudad pequeña de Toscana, año 1542, y era sobrino de Marcelo II. por su madre, hermana de este pontífice: entró en la Compañía de los Jesuitas de edad de diez y ocho años, y por la buena disposicion que llevó á ella, hizo tan rápidos progresos en las ciencias, que le aplicaron los superiores al ministerio de la predicacion ántes que hubiese llegado al sacerdocio. Estaba entónces en los Países Baxos, y enseñaba la teología en Lovaina, predicando al mismo tiempo con tanta eloqüencia, que iban á oírle los protestantes á bandadas, en la lengua latina que hablaba con mucha magestad y facilidad. Llamáronle á Roma á eso del año de 1576, y el papa Gregorio XIII. le encargó la enseñanza de la controversia contra los protestantes en el colegio que habia fundado: Belarmino aumentó en este empleo la reputacion de que ya gozaba, en tales términos, que le miraban en Roma como el teólogo mas capaz que hubo entónces, respecto de la parte á que estaba dedicado, y hasta los protestantes tenían hecho este concepto de él. Nadie habia profundizado ántes mejor todos los vicios de la doctrina de ellos, ni los habia combatido con armas mas temibles: pasó á Francia acompañando al cardenal Enrique Cayetano en el pontificado de Sixto V., y en el tiempo de los mayores furtores de la liga; y no habiendo estado allí mas que diez meses, bastó para merecerse la estimacion de quantos le conocieron. Clemente VIII. le honró con la púrpura en 1598, y en el de 1601 le dió el arzobispado de Capua, á donde partió de Roma el nuevo arzobispo, tan religioso como sabio, tres dias despues de su consagracion para ir á residir á su iglesia; pero habiendo muerto consecutivamente Clemente VIII. y Leon XI. en 1605, se vió obligado á vol-

ver á la capital del mundo christiano para asistir á los cónclaves que allí se tuvieron uno sobre otro. Paulo V. que fué electo en el segundo, quiso retener cerca de sí al cardenal Belarmino, porque conocia que sus consejos y profunda sabiduría le aprovecharian igualmente en el gobierno de la Iglesia. Belarmino se rindió á los deseos del pontífice con la condicion de que habia de hacer dimision del arzobispado, no pudiendo consentir en conservar una Iglesia de donde se veia precisado á alejarse, y aunque tuvo mucha prudencia y seguridad, y su gusto y talento no eran para los negocios, no obstante se encargó de todos los que creyó poder desempeñar, pero los manejó segun su caracter y la calidad de su genio; esto es, mas bien como teólogo y sábio, que como político, segun se ha visto particularmente en la grande cuestión de Paulo V. con la república de Venecia. Escribia Belarmino entretanto que los demas negociaban. Murió poco tiempo despues de Paulo V., en el mes de septiembre de 1621, de setenta y nueve años de edad.

Las obras polémicas de este teólogo célebre se imprimieron muchas veces: la edicion de Paris, que se hizo en 1608 en la imprenta de los Triadelfos en quatro volúmenes en folio, es la mas completa y mejor estampada: éstos quatro volúmenes, que contienen un enlace de controversias generales y particulares sobre todos los puntos en que estan divididos católicos y protestantes, son como otros tantos tratados sobre cada objeto, en los quales profundiza el autor las cuestiones, subiendo á los principios, examinando las pruebas y las objeciones, y aclarando todo lo que está obscuro en las materias que abrazan juntamente el dogma, la disciplina, los sacramentos, el culto, la policia, y la gerarquía de la Iglesia; quiero decir, todo lo grande, lo importante y lo profundo de la doctrina católica, tratándose cada uno de estos artículos con tal orden, con tanta claridad, erudición y extension, que no hay mas que pedir. En Francia no quisieran que el sábio cardenal hubiese tocado los puntos, sobre los quales los teólogos ultramontanos tienen principios que no convienen con las máximas y el derecho público eclesiástico de aquel reyno, á quien no agradó el modo con que se explica en los asuntos litigiosos, principalmente acerca del poder del papa en quanto

á la autoridad real de los soberanos; y por eso no tienen allí sus obras la reputacion y autoridad que tendrian, si el autor no se hubiera dexado llevar tanto de sus preocupaciones; pero un lector sábio é imparcial, dexando aparte los lugares en que Belarmino se explicó, siguiendo los principios ó preocupaciones que reynaban en el país donde escribia, siempre leerá con infinita ventaja las obras que este escritor hábil compuso acerca de los objetos que se usan universalmente en la Iglesia, y no se atienden á opiniones adoptadas por algunas naciones, y contestadas por otras.

Si la celebridad de un escritor depende de la fama que tienen sus escritos, de las criticas multiplicadas á que estos dan lugar, y de las oposiciones que le suscitan, pocos sábios hubo con mas derecho á ella que Edmondo Richer, que nació en Chource, aldea de la diócesis de Langres, en la Champaña, en 30 de septiembre de 1560, el qual desde su mas tierna edad manifestó una curiosidad y un deseo de aprender, que parecia dar señales de la reputacion que en adelante habia de adquirir; pero sus padres, que eran pobres y de una mediana esfera, no podian proporcionarle los medios de cooperar á este noble ardor por las ciencias, que se hacia aun mas vivo por la imposibilidad de satisfacerlo, para lo qual fué á Paris en la edad de diez y ocho años, con la esperanza de hallar allí socorros y recursos, y para procurarse los medios de subsistir se fué á un colegio, y en él vivió de lo que ganaba con algunos cortos servicios, que hacia á los maestros y á los estudiantes, empleando todo el tiempo que le sobraba en estudiar. Púsole la vivacidad de su genio y su aplicacion continua en estado de comenzar la filosofia al fin de tres años que sabia las humanidades, porque su talento se iba abriendo cada vez mas, segun iba adelantando en la carrera, de suerte, que se graduó de Licenciado con la mayor distincion. Eran entonces los de la liga dueños de Paris, y habian estos furiosos subyugado de tal modo todos los cuerpos, que apenas se hallaba un hombre prudente que no participase de sus furores: Richer, rodeado de gentes que creian servir á la religion y al estado en atizar por todas partes el fuego de la sedicion que los abrasaba á ellos, no pudo libertarse de pensar y hablar como ellos, y el que habia

de sostener con el tiempo los derechos sagrados del trono con riesgo de su quietud y aun de su vida, fué uno de los mas ardientes de la liga, hasta atreverse á santificar en una tesis pública la execrable accion de Jacobo Clemente, que es la mayor prueba de qué contagioso era á los mejores ingenios el fanatismo que entónces reynaba: mas Richer con sus propias reflexiones tornó á sus buenos principios, y aunque quedó casi solo contra todos, éste es el mejor elogio que se puede hacer de él.

Recibió el grado de doctor en 1590, y desde entónces se declaró abiertamente en todas las ocasiones contra los enemigos de Enrique IV., y llegó despues á ser maestro general y principal del colegio del cardenal el monje, en cuyo empleo dedicó todo su talento y capacidad por restablecer el buen órden en esta casa, cuya disciplina y gobierno temporal habian experimentado los efectos de la guerra civil. Estaba entónces el quartel de san Victor, donde está situado este colegio, infestado con las aguas detenidas que se juntaban con él, y les dió una corriente libre al río por una alcantarilla que mandó abrir, y subsistió aún: tambien mandó construir diques de mamposteria para impedir que las aguas del Sena en sus avenidas no filtrasen por la tierra, y sumergiesen el jardín del colegio y todos sus contornos, que han sido unos trabajos inmensos y dignos de un buen ciudadano, á los quales debe aquél quartel la sanidad de que goza hoy, siendo pocas las personas que tienen noticia del autor de ellos, porque Richer halló en su economía con que subvenir á unos gastos, á que no se pondría actualmente un simple particular. Al mismo tiempo compuso muchos escritos para dirigir á los maestros en la enseñanza de las ciencias, empezando por la de la gramática, y á los estudiantes en sus estudios: la mejor de estas obras es la que se intitula: *Obstetrix animarum*, porque es un método, en que sin embargo de ser un plan racionado de estudios, propio para formar el entendimiento y el juicio, por contener ideas nuevas y raras entónces, y hoy muy comunes; no por eso disminuye el mérito del autor, porque no era necesario tener un talento mediano en aquel tiempo para conocer qué vicioso era el método de estudios, y proponer otro mejor.

Richer fué nombrado síndico de la facultad de teo-

logía en 1608, época en que comienzan los tiempos mas brillantes, y al mismo tiempo los mas fatales de su vida. Enrique IV., que conocia su zelo de la disciplina, y la felicidad con que habia trabajado en restablecerla en su colegio, le encargó que reformase los abusos que se habian introducido durante las turbaciones en todos los miembros de la universidad, particularmente en la facultad de teología. Entre tanto que vivió este grande principe sostuvo valeroso y firme Richer con su autoridad, y superó todos los obstáculos que á cada paso le embarazaban en esta grande empresa; pero despues de la funesta muerte del mejor de los reyes todo mudó de semblante, porque las ideas en que se habia mantenido la mayor parte de los ánimos en tiempo de la liga, adormecidas y contenidas por el temor, se volvieron á descubrir con una libertad opresiva de todos los buenos ciudadanos. No se contentaron con hablar del modo que se habia hablado baxo la tiranía de los diez y seis, sino tambien llevaron la temeridad hasta consagrar en tesis públicas en el mismo centro de la capital proposiciones diametralmente opuestas á la doctrina de la Iglesia Galicana y de la Sorbona tocante á la autoridad de los Concilios generales, y á la independencia de los soberanos, y lo mas notable era que las tesis de que estamos hablando, fueron sostenidas por religiosos vestidos del mismo hábito que habia llevado el asesino de Enrique III. Richer se levantó contra una intencion tan peligrosa con todo el calor de su zelo, y en esta ocasion compuso el famoso tratado de la potestad eclesiástica y política, dirigido solamente á la instruccion particular de Nicolas de Verdun, primer presidente del parlamento de París, el qual poco instruido en estas materias, habia pedido á Richer un escrito breve y razonado, en que se hallasen los principios verdaderos expuestos con claridad, y de un modo particular que le sirviese de regla en el negocio que los enemigos de la quietud pública acababan de mover. Este tratado contiene diez y ocho artículos, que se unen estrechamente el uno con el otro por el órden de las ideas, de suerte, que cada proposicion llama á la que sigue despues, y todas juntas forman una continuacion de axiomas y corolarios, cuya cadena es difiçil de romper. Los principios fundamentales son: I., que la au-

toridad de la Iglesia es puramente espiritual, y no tiene nada de coactiva: II., que ésta pertenece al cuerpo entero de la Iglesia, que la ejerce exteriormente por sus ministros: III., que la plenitud de esta autoridad reside en los Concilios generales que representan toda la Iglesia, y que todos los grados de la gerarquía están igualmente sometidos á ellos: IV., que el gobierno de la Iglesia es aristocrático, y no monárquico: V., que los príncipes en calidad de magistrados supremos tienen derecho de inspeccion y correccion sobre los eclesiásticos de sus estados, y que á ellos toca procurar la observancia de los cánones por los medios que su prudencia y su potestad hallen en sí mismos: VI., que ellos tienen derecho de velar sobre la policía exterior de la Iglesia; de admitir ó desechar los cánones de disciplina, según les parezcan conformes ó contrarios á las máximas recibidas en sus estados, y al bien de sus vasallos. La mayor parte de estos principios se han mirado siempre como incontestables en la Iglesia de Francia, sobre todo desde los Concilios de Constanza y de Basilea que los han consagrado por sus decretos; pero Richer estrechaba mucho la jurisdiccion de los ministros de la Iglesia, y por otra parte no dió á sus ideas toda la claridad que podían admitir, pues queriendo ser breve, se hizo obscuro, como él mismo lo ha confesado. Sirviéronse de expresiones de que no debiera usar en un escrito de esta naturaleza, porque unas son muy duras, y otras muy poco correctas, y no distinguió bien los grados diferentes de autoridad que pertenecen á los ministros de la Iglesia, según la clase que ocupan en la gerarquía: en fin, el reconcentrar en los Concilios generales todo el poder espiritual mas de lo que debía, como si este poder estuviera sin movimiento ni accion en la Iglesia, quando el Concilio general no está actualmente congregado, ó no puede estarlo por obstáculos que no pueden quitar los pastores. Estas son las faltas que una crítica juiciosa advierte en este tratado famoso, y sin duda este ha sido el motivo que dió á algunos para impugnarle.

Apénas se acabó de publicar, quando se convinieron millares en su proscripcion, no hubo jamás escrito de esta especie que excitase un levantamiento mas universal ni mas tumultuoso. Todos los enemigos que Richer se habia

adquirido en la universidad, y principalmente en la facultad de teología, quando se puso á corregir los abusos de ella, se aprovecharon de la ocasion de satisfacer su resentimiento, y eran tantos, que parecia inevitable la pérdida del síndico. Dábanle públicamente el nombre de herege, de gefe de secta, y el de Richeristas á los pocos que pensaban como él; no se hablaba ménos que de separarle ignominiosamente del sindicado, y enviarle á Roma á que le juzgase la Inquisicion, y á la frente de estos adversarios habia algunos miembros de un cuerpo religioso muy poderoso y temible entónces, los cuales amotinaron contra el síndico un monton de doctores que tenían los mismos principios que ellos, muchos obispos, y entre ellos los cardenales de Perron y de la Rochefoucault, y una porcion de monges de todas las órdenes que se admiten en la facultad de teología. En fin se acalaron los espíritus hasta el punto en que esta querrela llegó á ser el negocio mayor de la Iglesia y del estado: la regente, los ministros, el parlamento, el clero, la Sorbona, los nuncios del papa, los partidarios y los adversarios de las máximas ultramontanas, en una palabra, todo el mundo se ocupó en esto según sus intereses y opiniones, y se procuraba que el libro que habia sido la causa de tanta revolucion, pasase por la censura de la facultad de teología; pero el parlamento impidió á esta compañía el que siguiese el impulso que los enemigos del síndico y de su doctrina le habian dado. El cardenal de Perron, arzobispo de Sens, y Paulo Hurault del Hospital, arzobispo de Aix, lo acertaron mejor en juntar los prelados de su provincia, el uno en París á 9 de marzo, y el otro en Aix á 24 de mayo de 1612, y los hicieron firmar la censura que habian dado contra la obra de Richer, al qual depuso del sindicado en el mismo año la facultad de teología, en virtud de las órdenes que para ello tuvo de la corte, y desde entónces se eligieron por dos años los síndicos, que ántes eran perpetuos. Richer cesó de asistir á las juntas de la facultad, y estuvo metido en su colegio por evitar que le cogiesen y condujesen á Roma, cosa que él temia mas que la muerte: creyó aplacar la animosidad de sus enemigos, dando en 1620 una declaracion, por la qual sometia su libro y su doctrina al juicio de la santa sede, y protestando, que

su intencion no habia sido combatir la potestad legitima del soberano pontifice, ni proponer cosa alguna que fuese contraria á la fe de la Iglesia; pero el papa no habiendo quedado satisfecho con esta primera declaracion, le dió Richer otra, y el cardenal de Richelieu le exigió la tercera que el P. Josef le hizo firmar: mas al mismo tiempo que Richer convenia en esta acta á instancia de un ministro absoluto, á quien no se atrevia á resistirse, la anulaba por un testamento, en que declaraba, que permaneceria inviolablemente adicto á las opiniones que habia expuesto en su libro. Pasó los últimos años de su vida en un estado de sufrimientos habituales, que le llevaron á la muerte acaecida en fin de noviembre de 1630, de setenta y dos años de edad, y le enterraron en la iglesia de Sorbona, donde se celebra todos los años una Misa para descanso de su alma.

Ademas del tratado de la potestad eclesiástica y política publicó tambien Edmondo Richer otras obras diferentes, de las quales la principal es una historia de los Concilios generales, tres tomos en quarto, impresos en 1680: el fin de esta obra llena de observaciones, es probar por la continuacion de los hechos y por la práctica constante de la Iglesia, desde el establecimiento del christianismo hasta el Concilio de Trento, que el gobierno de la Iglesia es aristocrático: tambien compuso una apologia de Gerson, la qual se lee á la frente de la edicion que ha publicado de las obras de este célebre canceller de la universidad de Paris, y en ella sigue los mismos principios que estableció en el tratado de la potestad eclesiástica y política, pero les da mas extension, y los corrobora con todos los argumentos y todas las autoridades que pudo juntar estudiando mas á fondo estas materias. No se le puede negar á este teólogo una vasta erudicion, un conocimiento grande de la antigüedad eclesiástica, un modo de raciocinar lleno de fuerza, y mucho mayor critica que la que habia comunmente en su tiempo; pero tampoco se puede dexar de decir, que ha tenido un espíritu muy terco, una adhesion inflexible á sus ideas, ni que en sus escritos no se ha desviado alguna vez de los principios por la vehemencia ó por la inexactitud de sus expresiones. El ruido que este personaje hizo en el mundo, y la naturaleza de las cosas que fue-

ron el objeto de sus obras, nos han obligado á hablar de él con mas profusidad de lo que hubiéramos hecho, si le consideráramos solamente como escritor.

El cardenal Juan Bona merece aqui lugar entre los escritores del siglo XVII: nació en Monderi, en el Piemonte; por el mes de octubre de 1609, de una familia noble, que era una rama de la casa ilustre de Bona de Lesdignieres en el Delfinado, y habiendo tenido desde su juventud una grande propension á la soledad, entró en la orden de los Fulenses en la edad de quince años, y le enviaron á Roma á seguir sus estudios. Despues de concluidos, fué profesor de filosofia y teologia con mucha reputacion, pero mucho mas preciosa y sólida por su eminente virtud: fué electo general de su orden en 1631 y en el de 55, pero obtuvo del papa Alexandro VII. el permiso de renunciar este cargo, cuyas obligaciones no se acomodaban al gusto que tenia al retiro y á la oracion. El pontifice se lo concedió con la condicion de que se habia de quedar en Roma, y para obligarle mas, le dió diferentes empleos conformes á su inclinacion y talentos. Clemente IX. le honró tambien con su confianza, y le creó cardenal en noviembre de 1669. Muerto este papa, todos convenian en que no habia nadie en el sacro collegio mas digno de ocupar la silla pontificia que el cardenal Bona, y todos los hombres de bien deseaban que fuese elevado á ella, ménos él solo que temia este honor, y no cesaron sus inquietudes hasta que vió la eleccion del cardenal Altieri, que tomó el nombre de Clemente X. En lo restante de su vida no se mezcló en los negocios sino por obligacion, y quando no pudo dispensario, empleando todo el tiempo que le permitian, y de que podia disponer, en el estudio y ejercicios de virtud: se correspondia con todos los sabios de Europa, los quales hacian honor á sus luces y á su exactitud de su talento. Este piadoso y docto cardenal murió en el mes de octubre de 1674, en la edad de sesenta y cinco años: las obras que tenemos de él, escritas todas en latin, y muy estimadas, son diversos tratados de piedad, traducidos la mayor parte en frances, un tratado de salmodia, otro acerca de las virgines, y una coleccion de cartas. El gusto de las letras llegó á ser tan general en este siglo, que la estimacion de los ingenios adquirió tanta vi-

vacidad, que se vieron familias enteras de sábios, en quienes esta emulacion y este mismo gusto pasaron de padres á hijos como una parte de su patrimonio. Hermanos unidos por esta bella pasion igualmente que por el vínculo de la sangre, trabajaban de acuerdo producciones de diversos géneros, y haciendo comunes sus observaciones y luces, enriquecieron al público con los frutos preciosos de una compaña tan respetable: de este número fueron los señores Pedro y Jacobo Dupuy, aquel dado á luz en 1578, y muerto en 1651, y este nacido en 1580, y muerto en 1656, á quienes, además de otras obras útiles, debemos las pruebas de la libertad de la Iglesia Galicana, que recogieron de los antiguos monumentos, y de los hechos mas auténticos de la historia, para apoyar y completar el tratado que otros dos hermanos igualmente recomendables por su sabiduría inmensa, habian publicado ántes de ellos sobre las mismas materias. Los señores Scévola y Luis de santa Marta, hermanos mellizos, que nacieron en 1571, y murieron, el uno en 1652, y el otro en 1656, ambos historiadores de Francia, y autores de una grande obra, intitulada: *Gallia christiana*, aumentada considerablemente despues de ellos; y los señores Enrique y Adriano de Valois, el primero nacido en 1603, y muerto en 1676; y el segundo nacido en 1605, y muerto en 1692, ambos honrados como los precedentes con el título de historiadores de Francia, cuyos fratos fueron ediciones muy correctas de las historias eclesiásticas de Eusebio, de Sócrates, de Sozomeno, y de Teodoro y de Evagrius el Escolástico en griego y latin; con notas llenas de erudicion, y de una excelente crítica.

Despues de los ilustres hermanos, de quien acabamos de hablar, no podemos olvidar á otros que tienen un lugar distinguido entre los mas célebres teólogos controversistas de este siglo, y son los señores Adriano y Pedro de Valembourg, naturales de Ruerdam, é hijos de padres católicos, contados entre los ciudadanos mas considerables de esta ciudad, que hicieron sus primeros estudios en la patria, y pasaron despues á acabarlos en Francia; de donde pasados algunos años volvieron graduados en derecho á Holanda, en donde se aplicaron á la controversia, Las conferencias que allí tuvieron sobre

todos los puntos de doctrina que separan á los protestantes de los católicos, aprovecharon á un crecido número de personas metidas en el error y el cisma: el método que seguian tratando cada materia era tan claro, y los argumentos que hacian tan convincentes, que los corazones prudentes y juiciosos, en quien las preocupaciones no eran muy fuertes, no podian dexar de rendirse á ellos. Habiéndose extendido su reputacion por los Países Bajos y sus contornos, fueron llamados Adriano á Colonia, y Pedro á Mogancia para ser sufragáneos de los arzobispos electores de estas dos ciudades, el mayor con el título de obispo de Ambrinópolis, y el segundo con el de obispo de Misia: y habiendo vivido tiernamente unidos el uno con el otro, y ocupados en unos mismos estudios y trabajos, Adriano murió en Colonia año de 1669, y Pedro en la misma ciudad en el de 1675. Consagraron sus últimos años en retocar y recoger en cuerpo de obra sus tratados de controversia, que forman dos volúmenes en folio, y se han publicado en Colonia año 1670. Todos los artículos de fe, todos los objetos de disciplina, sobre que se han levantado discusiones entre los teólogos de las Iglesias protestantes y las de los católicos, están en ellos explicados con un orden, una pureza y una erudicion, que son el fruto del entendimiento claro, del raciocinio sólido, y del profundo estudio que tenian los autores. Ellos mismos hicieron un excelente compendio en dozavo, cuyo mérito es generalmente conocido, y contiene todo lo mas esencial y de mas fácil uso, en su obra grande: á la lectura de este compendio se atribuye en parte la conversion del Landgrave de Hesse, que volvió á entrar en el gremio de la Iglesia, despues de haber reconocido que el camino por donde habia ido hasta entónces era el de la perdicion: de este ya hemos hablado en otra parte.

Habiéndose vuelto á entender la antorcha de las ciencias, todos los cuerpos eclesiásticos, seculares y regulares experimentaron la benigna influencia de su luz y de su calor. Distinguióse el orden episcopal de todos los demas, particularmente en Francia, por su zelo de la renovacion, y alentamiento de los buenos estudios: habia muchos prelados muy recomendables en sí mismos por su erudicion y talento literario, por exemplo; entre otros

muchos que pudiéramos nombrar con elogio, Arnoldo de Pontac, obispo de Basas, que escribió contra Duplessis-Mornai, uno de los hombres mas célebres de la reforma; Gabriel de la Anbspina, obispo de Orleans, que eligió el primer por objeto de sus observaciones las prácticas de la antigüedad en quanto á la disciplina; Claudio Joly, quien después de haber sido cura de Paris, ascendió luego á ser obispo de san Pablo de Leon, y después de Agen, de quien hay muchos volúmenes de discursos muy instructivos y muy sólidos; Julio Mascaron, elevado á la silla de Tullies, y transferido á la de Agen, que se presentó con esplendor, hasta merecer ser puesto en paralelo con Flechier y aun con Bossuet en el estilo de la oratoria fúnebre; Isaac Habert, obispo de Vannes, que se ha ilustrado con diferentes obras teológicas acerca de las disputas que agitaban á la Iglesia en su tiempo, y con buenos himnos que se han insertado en el breviario de Paris; Francisco Bosquet, obispo sucesivamente de Lodeve y de Mompeller, autor de una historia de la Iglesia Galicana, y de otra de los papas de Avinion y ambas eruditas, y llenas de observaciones preciosas; Espirit Fieditot, obispo de Nimes, que será contado siempre entre los mayores oradores que fueron el ornamento de la Iglesia por su elocuencia; Antonio Godeau, obispo de Venza; Pedro de Marca, transferido del obispado de Conferans al arzobispado de Tolosa, y de este al de Paris; Jacobo Benigno Bossuet, obispo de Condom, transferido á Meaux; y Francisco de Fenelon, arzobispo de Cambray; en los quales nosotros creemos obligados á detenernos algo mas, porque en un siglo tan fecundo en hombres de mérito no hubo acaso nombres mas célebres que los de estos quatro prelados. Obispo de Venza Antonio Godeau era descendiente de una de las mejores familias de la ciudad de Dreux, tan notable por la famosa batalla que alli se dió en 1562 en tiempo de Carlos IX. entre los franceses católicos y los franceses protestantes, en que estos quedaron vencidos. Su primera y única pasión fue la inclinacion á las letras, y desde los principios manifestó talento para la poesía francesa, al qual debió en parte su elevacion al episcopado; porque habiendo parafraseado en verso el cántico de los tres niños hebreos que Nabucodonosor mandó echar

al horno, el qual comienza por la palabra *Benedictus* repetida en cada versículo, lo presentó al cardenal de Richelieu, y le agradó tanto, que por una de aquellas alusiones que gustaba hacer alguna vez, le dixeris vos me habeis dado el *Benedictus*, y yo os doy la Grase, que era el obispado de este nombre. Después que Monseñor de Codeau fué consagrado, se retiró á su diócesis, en donde se aplicó á restablecer la disciplina, y á corregir los abusos, para lo qual tuvo muchos sínodos, y publicó ordenanzas, que tanto eran el fruto de su grande sabiduria, como de su zelo. Asistia á ellos con esplendor, y sostenia con empeño los derechos del episcopado, y la pureza de la moral christiana. Como su diócesis era corta, los cuidados del gobierno, y las funciones pastorales le dexaban bastante tiempo para el estudio y composicion de un crecido número de obras que ha dado al público, de las quales la mas importante, y la única de que hablaremos aqui es la historia de la Iglesia hasta fin del siglo IX., impresa en dos volúmenes en folio, y seis en dozavo. Está escrita con mucha elocüencia, magestad y calor en el estilo, aunque es un poco difuso. Comprehende hechos muy útiles, y enlazados al modo de los antiguos, que ha sido leído con cuidado, y tomado por modelo; pero por muy adherido á Baronio, á quien corrigió en algunos puntos, falta muchas veces á la critica, y cae en faltas, que hubiera evitado sin duda, si hubiera podido aprovecharse de las notas que después de él han publicado los sabios; de qualquiera modo que sea, esta obra se lee todavia con aprovechamiento, y era la mejor que se hizo en esta materia, ántes que el juicioso abate Fleuri hubiese entendido su Historia Eclesiástica. Monseñor Godeau estaba unido con casi todos los sabios é ingenios felices de su tiempo, y era del número de los que se juntaban en casa de M. Contardo para pasar el tiempo en cosas de literatura, y consultarse los unos á los otros sobre las obras que componian; y bien se sabe que de esta compañía de literatos se originó la academia francesa. Una de las pruebas de su corazon desinteresado, y adornado tambien de otras buenas calidades, y que no puedo omitir, es la siguiente: Como las diócesis de Grase y de Venza eran confinantes, y de corta exten-

Siglo XVII. Guillermo el Bianco su predecesor habia obtenido de Clemente VIII. bulas de union de estos dos obispos, cuya renta era muy moderada estando desunidos. Innocencio X. confirmó estas bulas en favor de Monseñor de Godeau; pero viendo éste que el pueblo y el clero de las dos diócesis se oponian á esta union, la renunció, y se contentó con el obispado de Venza, aunque era la mitad ménos rico. Murió este piadoso y sábio prelado en Venza año de 1672. de edad de sesenta y siete años.

Pedro de Marca nació en el castillo de Gante, en Bearne, por el mes de enero en 1554 de una familia noble y antigua de esta provincia. Despues de haber estudiado las humanidades en Auch, y la filosofia en Tolosa, se aplicó particularmente al estudio de la jurisprudencia. En 1615 le recibieron por miembro del consejo supremo de Bearne: en el de 1621 fué provisto de un cargo de presidente del parlamento de Pau; y en el de 1630 llegó á consejero de estado. Habiéndosle muerto entonces su muger, abrazó el estado eclesiástico solicitado por el rey Luis XIII., y el cardenal de Richelieu, con la promesa de conservarle su empleo para el hijo, y darle á él un obispado inmediatamente. En efecto, habiendo vacado la silla de Conferans en 1642 por dimision del que la poseía, fué nombrado Monseñor de Marca para ocuparla. Pero habiendo desagradado á la corte de Roma los principios que habia establecido en su gran libro intitulado de *Concordia Sacrorum et Imperii*, no pudo obtener las bulas hasta el año de 1647; y aun fué necesario que diese una explicacion de su grande obra, que se miró de la otra parte de los montes como una retractacion de las opiniones que desde el principio habia defendido. Mas de una vez le han echado en cara sus enemigos este proceder, y se le imputaron á cobardia ó doblez; pero sea lo que fuere, este prelado, á quien no se le puede negar la justicia de juntar las costumbres irreprehensibles á una vasta y profunda erudicion, fué trasladado al arzobispado de Tolosa en 1652; y seis años despues entró en el consejo del rey con título de ministro de estado, y la corte le dió las comisiones mas importantes y mas delicadas, que desempeñó siempre con honor y con inteligencia. Luis XIV. para recompensar su mérito y servicios le nombró para

Siglo XVII. el arzobispado de Paris en 1662 por dimision del cardenal de Retz; pero no pudo gozar de esta dignidad por haber muerto en el mes de junio del mismo año, pocos dias despues de haber recibido las bulas. La mas importante de todas las obras que hay suyas es aquella cuyo título hemos ya referido. En ella descubre este sábio prelado un grande conocimiento de los hechos y de la antigua disciplina de la Iglesia, y se muestra tan versado en la ciencia de los canones y doctrina de los padres, como en las leyes civiles, que habian sido en todos tiempos el objeto principal de sus estudios. Trata las cuestiones espinosas y difíciles con tanta circunspeccion, que concede á la autoridad pontificia todo lo que se le debe sin perjudicar la libertad de la Iglesia galicana, ni á las máximas del reyno; y sin embargo algunos autores le acusaron de no haberse explicado en este punto con la exactitud y sinceridad que convenian á su caracter y á su mucha sabiduria. Pero reduciendo esta acusacion á su justo valor, no se debe olvidar que de su zelo principalmente, y de su perseverancia en procurar la condenacion de la doctrina del obispo de Iprét, sacaron la reprehension que le hacen de haber sacrificado la verdad conocida á la ambicion y á la politica.

Ya hemos hablado algunas veces de Monseñor Bossuet; pero este prelado fué tan superior á la mayor parte de los hombres mas celebres de su siglo, que no podemos dexar de entrar por este motivo en algunas circunstancias menudas, que dexarian en este artículo un vacío notable si no se hallasen en él. Nació, pues, en Dijon por el mes de septiembre de 1627, en donde habia cerca de un siglo que se habia establecido su familia, y sus abuelos habian desempeñado con honor los primeros empleos del parlamento de Borgonia. Su padre se vió precisado á tomar empleo en el parlamento de Metz, creado en 1633, porque tenia muchos parientes en Dixon, para poder ser recibido parlamentario allí; y habiendo muerto quando ya era el decano, dexó dos hijos llamados Antonio, Relator é intendente de Soissons, y Jacobo Benigno, que es el objeto de esta noticia. Hizo sus primeros estudios en su provincia, y pasó á Paris á hacer sus cursos de filosofia y teologia, en las quales dexó atrás á todos sus condiscipulos por la pene-

tracion y puntualidad de su ingenio, por su aplicacion al trabajo, y su inclinacion á las cosas sólidas, y aun mas por su conducta arreglada. Desde entónces se le miró como sugeto de las mayores esperanzas, y se pronosticó la brillante reputacion que en adelante se adquirió. Habiendo recibido el bonete de doctor en 1652, se retiró á Metz, en donde era canónigo, y despues fué primer arcediano y dean.

En esta ciudad se retiraba de las gentes quanto podia por entregarse todo á su inclinacion al estudio, y dividia todo el tiempo de que podia disponer entre la Escritura santa y los padres, en cuyos dos manantiales de la verdadera teologia, quanto mas bebía, tanto mayores riquezas hallaba que recoger. Á esta constante aplicacion debió aquel fondo de doctrina y aquel conocimiento de la tradicion que adquirió, y admira en todo lo que escribió. Dióse desde entónces á la predicacion y á la controversia, dos funciones del santo ministerio, para las cuales tenia el talento que se perfeccionó con el ejercicio, tanto, que en poco tiempo llegó á ser el orador mas célebre de su tiempo en la predicacion, y el contrario mas asombroso de los protestantes, así de viva voz, como por escrito. Presentóse en París con el mayor esplendor, y en la corte, predicando por espacio de casi diez años sucesivamente los advientes y las quaresmas en las iglesias principales, y arrastrando detras de sí en todas ocasiones á los mas distinguidos por su clase é inteligencia, sin que se cansasen jamas de oírle, porque su eloqüencia era varonil, enérgica, y mantenida con el xugo mas puro de los libros divinos y santos doctores: sus pensamientos grandes y profundos, su estilo mas tiene de descuidado, que de incorrecto, pero animado con aquellas expresiones fuertes, y aquellas descripciones fogosas que salen del corazon. No seguia en sus discursos el órden metódico; pero iba á parar siempre al fondo del tema que trataba, considerándole baxo todos los aspectos, y adhiriéndose mas á las cosas, que al modo de decirlas. Tenia la accion magestosa y viva, y llena de magnificencia, y hablaba como un hombre llevado y fuertemente persuadido de las verdades que anuncia; y los afectos de que estaba prevenida su alma se descubrian en el ayre de su sem-

blante; en el gesto, y en el tono de la voz: éste era Siglo
su arte, á qué correspondia su exterior. del no. 1717 XVII.

Bossuet fué nombrado para el obispado de Condom en el mes de septiembre de 1669; y algun tiempo despues le eligió el rey para preceptor del delfin, y al año siguiente hizo dimision de su obispado, creyendo que las funciones del nuevo empleo no le darian lugar de conservar el rebafio, impidiéndole la residencia en su diócesis. Bien público es que la educacion de su augusto alumno fué digna del alto nacimiento de éste príncipe, y de sus grandes destinos, para la qual formó Bossuet el plan en los términos que se lee en una carta muy interesante y muy circunstanciada que escribió al papa Inocencio XI. para dar parte de esto al pontífice. Propuso al rey todos los que debian cooperar con él en este glorioso y molesto empleo, y dirigió sus trabajos en orden á los objetos particulares de que se habian encargado cada uno: trabajos que miraban todos á un mismo fin, y hacian parte del plan general que acabamos de referir. De él resultaron las hermosas ediciones de los autores latinos, que se emprendieron para uso del príncipe jóven, cuya execucion no se confió sino á los sábios mas aptos para llenar las ideas de este preceptor. Sus cuidados lo abrazaban todo, y él era quien conducia por la mano á su augusto alumno por todos los caminos por donde le llevaban, reservando para sí de un modo mas particular las lecciones que se dirigian á formar el espíritu y el corazon del jóven príncipe respecto de la religion, y las obligaciones del reynado. En este tiempo fué quando compuso el discurso sobre la historia universal, y la politica, sacada de la Escritura santa: dos obras capaces por sí solas de inmortalizar á su autor, particularmente la primera, para la qual, como ha dicho uno de los mas famosos escritores de nuestros dias, no tuvo modelo en los antiguos, ni probablemente lo tendrá en los modernos.

Habiéndose concluido la educacion del señor delfin, y casándose este príncipe en 7 de marzo de 1680 con la princesa Mariana Victoria de Baviera, el rey por retenir á Monseñor Bossuet en la corte le dió el cargo de limosnero mayor de esta princesa, y al año siguiente el nombramiento de obispo de Meaux, el qual aceptó

Siglo XVII. porque estando poco distante su diócesis, podía cumplir con las obligaciones del episcopado, y las funciones de limosnero sin perjuicio de unas ni de otras. Sin embargo, no se puede comprender cómo haya podido este prelado dar cumplimiento á tantas cargas sin faltar á ninguna, abrazar como lo hizo todos los negocios importantes á la religion, y hallar tiempo para componer un número tan crecido de obras que escribió sobre materias tan profundas y tan variadas, cuya mayor parte, así por la importancia de su objeto, como por la extension y grado de perfeccion que les dió, pedian todo un hombre sin mas cuidados. Pero el fondo prodigioso de conocimientos que habia acumulado, el plan meditado á que habia reducido las resultas de sus estudios, el orden y la economia que observaba en la distribucion de sus momentos, y el método que seguia en su trabajo, le ponian en disposicion de dar vado á todo. Quando se proponia escribir sobre alguna materia, en particular sobre la teología y la controversia, su método era penetrar bien desde luego su objeto, registrarle en todas sus relaciones, y segun todos sus aspectos, trazar despues el plan general y la distribucion de todas las partes, y notar el lugar que debian ocupar los diferentes materiales que habia juntado. Despues de esto se ponía á escribir el paso que la fecundidad de su entendimiento, y la copia de sus ideas le suministraban la rapidéz de su pluma. Entónces se dexaba llevar de aquel calor de la imaginacion, sin interrumpir su trabajo aun en las horas ordinarias de comer: obligado del hambre, mandaba que le llevasen algunos platos que le ponian sobre el bufete; de suerte, que comia y trabajaba á un tiempo, y así compuso este escritor todas las obras, que pasarán su nombre hasta la posteridad mas distante. Las quales se recogieron en doce volúmenes en quarto; pero de esta coleccion incompleta, aunque no sin mérito, se hicieron diferentes suplementos, y sin duda se irán haciendo otros segun vayan descubriéndose los manuscritos que se escaparon á las indagaciones de las primeras ediciones; pues todo lo que es de mano de un autor de este mérito es precioso. La mayor parte de estas obras es tan conocida, que sería alargar sin fruto este artículo hacer aquí la analisis de ellas. No se puede

recomendar bastante la lectura á los que quieren conocer á fondo la doctrina de la Iglesia sobre todos los puntos que ha tratado, porque es un manantial inagotable de ciencia y de luz, y quanto mas se estudian, mas riqueza y belleza se descubre en ellas. Acabó este grande hombre en 12 de abril de 1704 una vida toda consagrada al servicio de la religion y á la defension de la verdad en la edad de setenta y siete años. Nos parece que en la antigüedad de la Iglesia no hubo lector más célebre con quien podamos mejor compararle que con san Agustín. Amó como este padre, y cuyos escritos estudió de un modo particular, la Iglesia y la verdad mas que otra cosa alguna del mundo: como él no trabajó durante toda su larga vida, ni contrató, ni respiró sino por estas como él aplicó sus vigilias, sus conocimientos, su talento y su zelo á la gloria de la Iglesia y de la verdad; y á la confusion de sus enemigos como él estuvo siempre trabajando sin descansar entre tanto que la Iglesia y la verdad tuvieron adversarios, cuyas victorias se pudieron temer: y para último rasgo de semejanza, sus obras, semejantes á las de san Agustín, serán en todos los tiempos un arsenal en que los defensores de la Iglesia y de la verdad hallarán armas victoriosas contra todos los que las ataquen.

Para representar al inmortal arzobispo de Cambray, de quien hemos hablado ya con los colores hermosos, verdaderos y expresivos de que siempre será digno, y dar á conocer la idea que tenemos hecha de él; diremos, que tenia una alma elevada, á plena de pensamientos nobles y de afectos puros, una imaginacion alegre y fecunda, un caracter lleno de sinceridad y de candor; en una palabra, todas las prendas de un alma, y un corazon que pueden adornar la virtud; y hacer amable la piedad. Llamábase Francisco de Salignac de la Motte Fenelon; y habia nacido en agosto de 1651. Crióse en casa de sus padres hasta la edad de doce años, dando pruebas de sus buenas inclinaciones, y las mayores esperanzas: de la casa paterna fué á continuar en Cahors sus estudios, y despues á París. El amor á las letras, y la inclinacion á la virtud, que habian nacido con él, y al paso de sus años se iban descubriendo; dieron motivo para que le mirasen todos los que le conocieron como un hombre

destinado para ser el ornamento de su siglo. Comenzó á predicar de edad de diez y nueve años, y ya lo hacia con felicidad; pero el marques de Fenelon su tio, teniente general de los exercitos del rey, hombre virtuoso, y de mucho conocimiento, que le queria como si fuera hijo suyo, le aconsejó que se ocultase en el silencio del retiro, como Jesu-christo, á estudiar la ley de Dios antes de manifestarse á los hombres: agradóle al abate de Fenelon este consejo, y lo siguió, porque era conforme á la inclinacion que tuvo siempre á la meditacion y á la soledad.

Despues de haberse preparado para recibir las sagradas órdenes, y habedlas recibido con la misma disposicion con que se preparaban en los mejores tiempos de la Iglesia, se entregó todo entero á las funciones del ministerio evangélico. Moriseñor de Harlai, arzobispo de Paris, le hizo superior de los nuevos católicos, y en este empleo dió á conocer el talento que tenia de atraer las almas á Dios con la gracia de sus palabras, y la dulce influencia de su piedad. Con este don precioso de insinuarse en los corazones, y moverlos segun su querer, se creyó que sería propio para persuadir á los hereges, y convertirlos: y así le escogió el rey en 1686 para que fuese á hacer misiones á la Saintronge, y al país de Aunis, con el fin de instruir á los calvinistas, y atraerlos al gremio de la Iglesia con la persuasion; y no se engañó en la opinion que habia formado de él, porque los felices sucesos del piadoso y zeloso misionero fueron el fruto de su trabajo en muchisimas conversiones que hizo. Iban de todas partes los calvinistas á montones por oírle, y los que no volvían convertidos, á lo ménos quedaban conmovidos, y abjuraban muchos el error todos los dias en sus manos, acabando con su exemplo lo que habia comenzado con sus discursos, pues mas debia el triunfo del error á la impresion patética de sus virtudes, que á la fuerza de sus razones.

Quando el abate de Fenelon volvió á presentarse en la corte, los buenos sucesos de su mision pusieron segunda vez á la vista de Luis XIV., y de Madama de Maintenon las buenas prendas que todos conocian en él. Era muy inclinado al señor Bossuet, á quien miraba como maestro, y éste era digno de un discípulo tal, y así

le propuso al rey para preceptor de los tres príncipes, Siglo hijos del señor delfin, porque tenia todo lo que era menester para cumplir con las obligaciones de este puesto importante. El duque de Borgofia, el mayor de los tres príncipes, era heredero presuntivo de la corona, cuyo alto destino no perdió jamas de vista el abate de Fenelon, por lo qual formó el corazon y el ánimo de este augusto infante para ser algun dia la gloria del trono, la felicidad de la nacion, y el honor de la humanidad. El príncipe jóven habia nacido con un caracter violento, con pasiones ardientes, y una aversion casi insuperable á todo lo que se llama estudio y aplicacion del ánimo; pero su maestro hábil halló recursos en las faltas mismas de su alumno, en el qual, como era sensible, y amigo de dar gusto, aprovechó Fenelon estos dos medios para destruir lo ardiente de su humor y su indolencia; de modo, que sin estrecharle ni reprehenderle llegó á conseguir de él el que fuese el hombre mas moderado y mas instruido. Quando llegó la razon del discípulo á su sazón, y se adelantó á su tiempo ordinario, quando conoció lo que debia á su maestro, y todo lo que éste habia hecho para él, se fijó entre los dos una confianza, una inclinacion reciproca, y una amistad tierna, y fundada en la virtud, que hubiera contribuido sin duda á la felicidad de la Francia, si el príncipe hubiera reynado. Habiendo llegado Fenelon á ser arzobispo de Cambray en 1695, é incurrido en la desgracia del rey, sintió el duque de Borgofia, mas que él, y el prelado todo lo que habia perdido lo reputó por nada, quando le aseguraron que conservaba el corazon de un amigo como éste. Ya hemos hablado en otra parte del motivo de esta desgracia, y dicho que Fenelon acusado en su doctrina, y condenado en Roma, se condenó á si mismo, sin dar la menor disculpa de todo aquello que podia disminuir una humillacion tan grande. Habiéndosele vultio á enviar á su diócesis con orden de no salir de allí, no dió á entender jamas ni en su modo ni en su conductal que habia sido desterrado, ántes bien se ocupó en las obligaciones del episcopado con un zelo, una paz, y una igualdad de ánimo, que causó la admiracion de todos los que andaban cerca de él. La veneracion que le daban fué tan general y tan justamente merecida, que

Siglo XVII. durante la guerra desgraciada que se habia encendido por la sucesion de la España, habiendo entrado los ingleses en el Cambresis, preguntaban á los paisanos, quáles eran los dominios del arzobispo francés para libertarios y substraerlos de la codicia del soldado. De este modo respetaban los enemigos de la Francia el mérito de un hombre grande, á quien perseguian sus compatriotas. Este virtuoso prelado tuvo el sentimiento de sobrevivir cerca de tres años á su augusto alumno, cuya pérdida sintió por sí mismo, y por toda la nacion, porque él solo conocia quén grande era, juzgándola segun los principios de justicia, de bondad y de religion que habia estampado en el alma de este principe; pero se consolaba solamente con la esperanza de unirse bien pronto con él en la otra vida. Murió como habia vivido con afectos de la mas viva fe y de la mas tierna piedad, en 7 de enero de 1715, de edad de sesenta y quatro años.

Algunos años há que se está ofreciendo una edicion completa de sus obras: de las que ha compuesto para la instruccion de los príncipes confiados á su cuidado, todo el mundo tiene noticia, y de las que él ha publicado para defensa del libro de las máximas de los santos ya hemos hablado en otra parte; pero ademas de estas dexó algunas otras, unas sobre diferentes asuntos de literatura y de moral, y otras sobre los principios fundamentales de la religion. Estas últimas las hizo para el señor duque de Orleans, quien fué despues regente del reyno; y las emprendió el eloquente prelado para responder al duque, cuyo talento vasto y penetrante abrazaba todas las ciencias, y gustaba de ahondar en las quèstiones mas abstractas acerca de las dificultades que le habia comunicado sobre la existencia de Dios, sobre la inmortalidad del alma, la certidumbre de la libertad, y sobre la necesidad del culto exterior &c. Se remonta en estas obras á las primeras verdades, que establece en argumentos demostrativos con que reciprocamente se ayudan la metafísica y la eloquencia; la primera en profundizar los objetos, desviar las dudas, y dar las pruebas; y la segunda en emplear los materiales, colocarlos por el mejor orden, y esparcir por todo ello adornos, cuya riqueza y gusto en nada son con-

trarios á la gravedad del asunto. Monseñor de Fenelon Siglo XVII. dexó tambien algunas obras sobre materias puramente teológicas, en que combate las opiniones de algunos que le respondieron con sátiras; pero harto bien vindicado queda en la especie de veneracion que le dan hoy todos los que saben estimar el talento y la virtud.

Dexamos dicho que en algunas órdenes religiosas se volvió á recuperar el gusto de las bellas letras. La de santo Domingo, que desde su establecimiento habia producido un grande número de teólogos célebres, tambien los tuvo en este siglo, que no cedieron en habilidad á los que habian precedido. De este número fueron los famosos padres Tomas de Lemos, y Diego Alvarez, que se presentaron con lucimiento en las congregaciones de *Auxiliis*, en las quales disputaban con gran zelo, y una superioridad notable contra la doctrina de Molina sobre la gracia. Á estos siguen Nicolas Coeffetau, despues obispo de Marsella, de quien tenemos muchas obras de controversia contra Jacobo I., rey de Inglaterra; Duplessis Mornai, Antonio de Dominis &c. que tuvieron mucha reputacion en su tiempo por su Historia Romana: Francisco Combesis, á quien debe la república de las letras muchas ediciones de los padres griegos, y en parte la de la Historia Bizantina; Jacobo Goar, que dexó muchos escritos sobre la disciplina y liturgia de las iglesias orientales, y la edicion del Eucologio ó Ritual de los griegos, con notas eruditas muy estimadas; Vicente Contenson, autor de una teologia dogmática y moral, intitulada: *Theologia mentis et cordis*, en que se dedicó á desentrañar los principios de san Agustin y de santo Tomas.

Entre las órdenes religiosas que se dieron al cultivo de las ciencias, ninguna se distinguió tanto por sus trabajos literarios como la de los Jesuitas y Benedictinos. Los primeros no tuvieron en mucho tiempo sino comentadores de la Escritura, teólogos escolásticos, y casuistas, que fueron unos escritores fecundos, multiplicadores de volúmenes, sin aumento de la masa de las luces, de los quales la mayor parte se acarrearon censuras justisimamente merecidas por la libertad de sus opiniones, por las consecuencias peligrosas de sus máximas, la singularidad de sus decisiones, y por la relajacion de su mo-

Siglo XVII. ral. Pero en adelante los sabios de esta famosa Compañía se aplicaron á objetos mas útiles, y no se puede negar que no dieron al público obras estimables en todas las especies de literatura sagrada. La teología positiva, la Escritura santa y de los padres, la crítica, la cronología, la historia, los concilios, la disciplina, la controversia, la elocuencia del púlpito, la espiritualidad, la viografía ó vidas de santos, la diplomática &c. todo lo escribieron ellos; y en todas estas partes fueron felices sus trabajos, y aun los errores que se les han reprehendido á algunos de ellos no pueden quitarles la gloria. Todo el mundo hace justicia á la vasta erudición, y sólido mérito de Fronton del duque, de Petavio, de Sirmondo, de Labé, de Cosart, de Bolando, de Papebroquio, de Burdalú, de la Rue, de Valois, y otros nombres célebres, que sobrevivieron en todos tiempos á la caída del cuerpo ilustrado por ellos; y dichoso, si despues de haberse hablado tantas cosas buenas, y tantas malas de él, en una multitud de autores que ha producido un crecido número de ellos llevado de las preocupaciones de su tiempo, de las prevenções de las naciones, de la vanidad de distinguirse en pensar de otra manera que los demás, y todavia mas del deseo de que prevaleciesen sus opiniones, á fin de dominar mas absolutamente los corazones, no se hubiesen obstinado en sostener sistemas perniciosos y seditiosos, que acabaron de reunir contra ellos todas las potestades; y causaron su destrucción.

Los Benedictinos desde los primeros tiempos de la reforma anunciaron el designio que tenían de trabajar en la renovacion de sus estudios, y lo executaron luego. Las ciencias eclesiásticas eran las que convenian á su estado, y las que mejor se acomodaban á sus obligaciones, y por esto se aplicaron á ellas con tanto aprovechamiento como zelo y ardor. El principal objeto de sus investigaciones fué el conocimiento de la antigüedad, por el qual se aplicaron á disipar las tinieblas con que estaba cubierta aún; y continuando sus trabajos, sacaron de la obscuridad un número infinito de monumentos preciosos, y títulos auténticos, que no eran conocidos. Las colecciones que formaron, cuyo valor y precio ha llegado á conocer la Europa sabia, sirvieron para ilustrar una

Siglo XVII. infinidad de puntos importantes de la historia y de la disciplina. Algunos de estos laboriosos monjes se entregaron de un modo particular al estudio de los padres, y á la crítica de sus obras; formando entre si unas pequeñas compañías para avivar y perfeccionar mas con la reunion de sus luces y trabajos la execucion de las empresas cuyo plan habian concebido. Á este dichoso convenio, y á la emulacion, que no podia menos de producir, debe la Iglesia las magnificas ediciones de los padres griegos y latinos, de que ya hemos hablado, particularmente la de san Agustin, la qual sola merece añazar el reconocimiento de todos los siglos venideros á los sabios que la han dirigido. No nos seria posible dar á conocer aquí por noticias circunstanciadas todos los hombres ilustres por su ciencia y sus trabajos que ha producido esta célebre congregacion; y así sentimos con verdad no poder dedicarnos á estos pormenores interesantes; que nos darian ocasion de poner á la vista de nuestros lectores una larga serie de nombres consagrados á la inmortalidad en los fastos de la religion; igualmente que en los de la literatura; los de todos los sabios religiosos, cuya descripcion seria necesario hacer siendo tan recomendables, tanto por sus virtudes como por su erudición y talentos. La congregacion del Oratorio, establecida en Francia por el cardenal de Berula, como ya diximos, igualó desde su origen la celebridad de las congregaciones mas antiguas y distinguidas; porque la mayor parte de los sujetos que la componian era, como se sabe, de doctores de la Sorbona, que llevaron consigo á este cuerpo el gusto de las bellas letras, la estimacion de las ciencias sólidas, y el conocimiento de los manantiales en que es necesario beber para adquirirlas. Esta semilla de emulacion fué produciendo de dia en dia en ellos que formaron sucesivamente esta nueva sociedad de piadosos y sabios eclesiásticos, de tal suerte, que en poco tiempo se vieron hombres distinguidos en todos los ramos de erudicion, sobre cada uno de los quales no podemos extendernos; pero no tememos asegurar que seria difícil hallar en otra parte teólogos mas profundos y mas versados en las materias que trataron que un Juan Martin, y un Dionisio Tomasi; historiadores mas inquisitables en sus averiguaciones; y mas hábiles en usar de ellas que un

Siglo Carlos Coindre, y un Jacobo Largo: ni filósofos mas amí-
XVII. gos de la verdad, de una moral mas útil y mas religiosa
que un Malebranche.

Otra sociedad de sábios mas célebres aún, y con título mas justo que todas las que hemos referido hasta ahora, fué conocida en el siglo XVII., con el nombre de los señores de Portroyal, y lo será en adelante de la posteridad mas distante. Ya dexamos referido que les dieron este nombre, porque la mayor parte se retiraron á la soledad de Puerto Real de los campos, para vacar mas tranquilamente al estudio y á la composicion de sus obras. Estos señores eran Arnolde el doctor, Arnolde de Andilly su hermano, Pascal, el Maestro, Lancelot, Nicolas, de Saci, Turneux, Singlin, y otros. Tambien habia un Tillemón, un Baillet &c. los quales sin vivir en el mismo retiro habian contraido la union mas estrecha con los que le habitaban. Estos hombres famosos traen á la memoria todo quanto compone el mérito literario, todas las ideas de ciencia, de eloquencia, de juicio y de aplicacion al trabajo, habiendo escrito con mas acierto que ninguno de sus contemporáneos sobre todas las materias sagradas y profanas, en que acostumbrá á exercitarse el entendimiento: pues abrazaron la gramática, la geometría, la lógica, la metafísica, la moral, la controversia y la teología, la crítica, la literatura antigua y moderna, hasta el arte de traducir, y en fin, todas las ciencias, y en cada una publicaron obras, que hicieron olvidar á todos los que se habian dado á conocer hasta entonces sobre las mismas materias, y no pudieron ser oscurecidas por los que escribieron despues. No hay cosa mas sólida, mas profunda, trabajada con mas cuidado, mejor pensada, ni mejor escrita que las diferentes producciones de sus plumas. Quando se leen, en especial las obras que han publicado contra los protestantes y contra los corruptores de la moral evangélica, es preciso confesar, que no es posible tratar estas cuestiones importantes con mas erudicion, mas eloquencia, mas penetracion, ni poner pruebas mas fuertes, y mejor desentrañadas, argumentos mas concluyentes, ni mejor seguidos los unos de los otros, un método mas seguro ni mas claro, ni estilo mejor apropiado al asunto. Ademas de los principios fundamentales de las verdades, que

son su objeto, se saca áquel gusto de lo bueno y de lo verdadero, que merece la mayor estimacion, porque se aplica á todo en la conducta ordinaria de la vida, igualmente que en las cosas que nacen propiamente del corazon. ¡Quántos servicios no hubieran hecho á la religion y á las letras unos hombres tan capaces y tan laboriosos, si la circunstancia de los tiempos, y el empeño de las opiniones que habian adoptado no los hubieran metido en disputas en que malgastaron la mayor parte de sus vigilias, que debieran haber empleado de un modo infinitamente mas útil! Esta reflexion es de uno de los magistrados mas ilustres de nuestros dias, reflexion juiciosa, y por desgracia muy bien fundada. Plegue al cielo que iguales acontecimientos, á los que dieron motivo, no vuelvan á turbar mas la Iglesia y la sociedad (a).

(a) Es digno de notar, que hablando Ducreux de los escritores eclesiásticos de este siglo, omite los de nuestra nacion, quando hubo tantos y tan sobresalientes, como fueron Francisco Suarez, Jesuita, que nació en Grapada en 1548. Estudió con reputacion en Alcalá, Salamanca y Roma, y despues se le llamó á Coimbra para primer profesor de teología, y murió en Lisboa en 1617. Tuvo una memoria prodigiosa, tanto, que quando se le citaba un pasage de sus obras, se hallaba al momento en estado de seguirlo y acobarlo hasta el fin del capítulo ó libro. Tenemos de él veinte y quatro volumenes en folio, que se extienden á casi toda la teología y á la moral, escritos con orden y propiedad. El P. Noel, Jesuita, hizo un compendio de sus obras en dos volumenes en folio, que se imprimió en Ginebra en 1722, y escribió su vida el P. Deschamps, que se imprimió en Perpignan en 1671 en quarto. Fue uno de los mayores teólogos de este siglo, y mereció los elogios de muchos sábios, y entre otros el de Hugo Groccio, que dice en una carta: *Tante subtilitatis Philosophum ac Theologum ut vix, quemquam habeat parem.* D. Nic. Ant. Bibliot. Hisp. Nov. tom. 3. Pág. 480.

Gerónimo Bautista de Sellan y Lanuza, por sobrenombre el Dominico de su siglo, y hermano del famoso Juan Bautista de Lanuza, justicia de Aragón, nació en Hija, diócesis de Zaragoza, en 1522. Entró en la religion de los Dominicos, y llegó á ser provincial de su orden, despues á obispo de Barbastro en 1616, y de Albarracín en 1622.